

Jesús Franco Carrasco, *El Nuevo Santander y su arquitectura*, 2 v., México, UNAM. Instituto de Investigaciones Estéticas, 1991 (Cuadernos de Historia del Arte, 48).

Si el origen de la fundación del Nuevo Santander (actual estado de Tamaulipas) aún se encuentra sumergido en un cúmulo de incógnitas —manifiestas todas ellas en la producción historiográfica especializada sobre tan particular proceso—, la arquitectura que se produjo en ese territorio durante la etapa colonizadora, ocurrida a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, pareciera nunca haber existido. La evidencia que se tiene sobre las construcciones que cobijaron a los colonos, a los misioneros y a las autoridades que se establecieron en esa provincia es muy pobre y apenas hay mención de ellas en unos cuantos trabajos monográficos que se han realizado sobre las villas más sobresalientes del Nuevo Santander. Frente a esto, puede el lector imaginar que una publicación que lleva tan sugerente título como el de *El Nuevo Santander y su arquitectura* amerite un pronto comentario, máxime si el tema aducido es de nuestro especial interés.

El trabajo, contenido en dos volúmenes, dividido en tres partes, constituye dentro de la historiografía mexicana una obra pionera en el campo de la arquitectura neosantanderina, no obstante que las construcciones a las que se hace referencia son, en su mayoría, edificaciones cuyas características son la austeridad y la sencillez, propias de una provincia marginal como lo era ésta, que, salvo en muy contados casos, lograron superar el jacal de muros de bajareque o embarro, con cubierta pajiza de zacate o palma. La novedad e importancia del texto aquí

comentado se encuentran concentradas en las dos últimas partes del trabajo. Es a partir de una acuciosa búsqueda de información en los principales acervos nacionales y de una intensa labor de campo como el autor logra rescatar del anonimato a algunos edificios que se levantaron en veinte de las treinta villas fundadas en ese territorio, desde 1749 hasta 1821, y que actualmente o han desaparecido o se encuentran en ruinas. De otros más nos brinda Franco Carrasco su primigenia forma, como son los casos del palacio de los condes de Sierra Gorda, las haciendas de La Gavia y del Cojo y los templos erigidos en cada una de las poblaciones, entre otros, que al ser deteriorados por los consabidos agentes naturales —clima y tiempo—, tuvieron el infortunio de ser tocados por las manos de restauradores poco versados en el oficio que han venido a romper por completo con el balance original característico de las construcciones de esa época del Nuevo Santander.

Pero Franco Carrasco no sólo desentierra de los autos de fundación y de otros documentos las trazas de varias villas y los planos de algunos edificios; frente a la ausencia de estos testimonios emprende magníficas reconstrucciones a línea —tal vez realizadas por él mismo—, señalando el uso al cual estuvieron destinados, la técnica y el material empleados en las obras y, por último, el grado de dificultad que enfrentaron los pobladores para llevar a cabo la construcción de su habitáculo. Asimismo, en el segundo volumen, el autor nos proporciona un estupendo corpus iconográfico sobre el legado colonial que aún pervive en el actual estado tamaulipeco. En conjunto, se puede afirmar, sin temor a equívoco, que el fruto más jugoso del texto aquí referido se encuentra en la posibilidad que ofrece al historiador de descubrir algunos rincones ocultos de la historiografía del Nuevo Santander, a partir de la información que brinda sobre las construcciones y la forma en que se llevó a cabo el asentamiento de la población neosantanderina. Rico material, sin lugar a dudas, para acceder a un conocimiento más profundo sobre la sociedad que se desarrolló en la mencionada provincia.

Ahora bien, si es en el campo de la arquitectura donde Jesús Franco Carrasco logra sus mejores páginas, cuando se enfrasca en el análisis de la colonización y de la sociedad que conformó al Nuevo Santander, resulta poco convincente. En la primera parte, que tiene por epígrafe “Reseña histórica”, el autor, con el afán de allegarse pruebas que lo condujeran a entender la génesis de la nueva fundación, maneja una imponente cantidad de documentos y bibliografía pero, al hacer un recuento de sus argumentos y consideraciones, resulta evidente que algunas de sus interpretaciones han sido ya superadas y, otras más, son susceptibles de serlo, a partir de nuevos trabajos cuyos planteamientos tiendan a revelar algunas de las interrogantes que se presentan en la

producción bibliográfica que hasta ahora se conoce sobre la reconstrucción histórica acerca del origen de la colonización del Nuevo Santander.

Por la forma como trabaja Franco Carrasco las tres partes de la obra se infiere que bien pudo haberlas escrito en épocas diferentes y, con toda probabilidad, sin el apoyo de un congruente proyecto de investigación. Esto último se revela en la visión poco articulada que presenta de los grupos sociales establecidos en el territorio y en un virtual desorden de la información, que repercute en constantes reiteraciones y en algunas inexactitudes que se presentan como contradicciones en distintas partes del texto, las cuales pueden producir en el lector equívocos y confusión. Así, por ejemplo, cuando Franco Carrasco se refiere a la población que se trasladó al Nuevo Santander, afirma que los militares pudieron acceder a una posición más ventajosa que el resto de los colonos, gracias a que gozaron de “ciertas canonjías” que les permitieron enriquecerse (p. 95). Lo anterior es un hecho indubitable que no ofrece dificultad.

El inconveniente se presenta cuando el autor asegura que el grupo minoritario de españoles radicados en la provincia, no obstante haber tenido “en sus manos el poder público, no siempre ostentaba la mejor posición social o económica” en el Nuevo Santander (p. 97); aseveración esta última en que excluye las noticias que consigna en varias partes del texto sobre el importante papel que desempeñaron los peninsulares como capitanes encargados del gobierno militar de las villas, a quienes califica como “los hombres mejor pagados de la provincia” (p. 98, 180, 245).

Hasta aquí la muestra de algunas de las imprecisiones que con una lectura cuidadosa saltan a la vista. Mucho tiempo habrá de tener el lector al remitirse a los mapas y a los cuadros que, si bien son magníficos y de gran utilidad para el investigador por contener mucha información dispersa en diferentes acervos nacionales, algunos de ellos resultan difíciles de interpretar; otros más carecen de la fuente o del folio consultados. Seguramente, de no haber fallecido dos años antes de que se suscitara la publicación de *El Nuevo Santander y su arquitectura*, Franco Carrasco habría podido realizar un último recorrido por las páginas de su creación para resolver estas inexactitudes y omisiones. Bienvenida sea, pues, esta singular obra que ofrece una novísima visión de la arquitectura neosantanderina y brinda una abundante y rica fuente documental y bibliográfica como contribución importante para el conocimiento del acontecer histórico del Nuevo Santander.